

llevarse tan importante servicio solo con las rentas propias y los fondos comunales.

La leyenda de S. Marcial

Segismundo era tan humilde de corazón como noble de nacimiento: era hijo de Gondebando, rey de Borgoña: y lejos de codiciar la corona y la espada de su padre, se estremecía al pensar que aquella había de oprimir sus sienes y está había de colgar de su cintura. Deseando evitar tan funesto acontecimiento, resolvió un día abandonar el palacio de sus mayores. En esa corona y en esa espada, dijo, veo la sangre de mis tios: perseguidos por esa espada han muerto Gundemaro en una gruta y Chilperico en el fondo de un pozo junto con su mujer y sus dos hijos. La sangre aun humea y pide venganza al cielo. Clotilde, la hija de Chilperico, vive: Clodoneo es su esposo; y la sombra sangrienta de su padre arranca aún de su corazón palabras que hacen estremecer los bosques donde vive. Dios es justo: los reyes están sobre los pueblos y Dios sobre los reyes. ¡Oh padre mio! has manchado con un doble fratricidio tu alma y el alma de tu hijo: ¿nada te dice aun el corazón? Yo creo oír la voz del Señor que me dice: huye de un trono levantado sobre cadáveres, porque será devorado por la tierra; deja una espada empañada por la sangre de tus parientes, porque se volverá contra su dueño; arroja lejos de tí una corona usurpada, porque abrasará la sien del que la ciña. ¡Oh padre mio! ¡A Dios! Un rey superior á tí me manda que vaya á ocultar en la soledad de los montes al hijo del fratricida. Allá depuraré mi espíritu, oraré por mí y por tí, viviré en el dolor hasta que Dios mande á las peñas que recojan mi cadáver, el cadáver del último vástago de una familia que carcome el crimen. Pues quiere el cielo que el sacrificio del hijo salve al padre, sea, tuya es, Señor, mi vida.

La capa al hombro, el báculo de viaje en la mano, pasa en silencio Segismundo el umbral del palacio de sus mayores; y al arrojar sobre él su postrer mirada, cree ver las almas de Chilperico y Gundemaro flotando en el espacio bajo las alas de la gigantesca sombra de Clotilde. Desfavorido, ciego, huye de la morada del crimen, y cruza de mendigo la Francia.

Las nieves del Pirineo no bastan á detener sus pasos: tiembla bajo sus piés el suelo; y á cada paso que dá rueda con estrépito el timpano y conmueve el eco de los abismo. El oso sale de su caverna y se adelanta hacia él salvando á saltos los torrentes: al verle aúlla el lobo y las demás fieras le amenazan. Mas él, firme el pié, la mano en el báculo, el pensamiento en Dios, baja á paso lento por la vertiente: cansado de luchar con la naturaleza, descansa; vencido por el sueño, duerme en paz sobre su capa y su sombrero. Atraviesa la Cerdaña y el Ampurdan: no ve santuario donde no suelte al aire su larga cabellera, ni capilla donde no ore, ni basilica donde no doble la rodilla y cubra con su barba el pavimento.

En su incesante peregrinacion llega é los montes de Monseny: se sumerge en sus profundos valles y quebradas, y al llegar á la cumbre de Matagalls, fijos los ojos en el cielo, la rodilla en la tierra, levanta voz y ora por él y por su padre. Desde estas montañas, dice, la plegaria del pecador vá al cielo: las bóvedas de un palacio manchado de sangre la detienen: el aire puro de esos montes la conduce en sus alas sacrosantas. ¡Oh aire que respiro! lleva benigno á Dios la súplica de un hijo desgraciado. ¡Sean estas alturas el trono de mi alma, sus cuevas mi morada, sus peñascos mi mesa, sus árboles mi sombra, sus yerbas mi alimento, sus profundidades mi sepulcro! ¡Sean esas alturas el Calvario donde pueda alcanzar por mi muerte la redención de toda mi familia!—Tras estas palabras oyose en el cielo una armonia encantadora, y del fondo de Montseny salieron voces que saludaron á coro á Sagismundo.

La mañana que siguió á la noche en que partió el príncipe, Gondebando aguardaba con impaciencia oír la voz de salud de su hijo. Llega el sol á la mitad del cielo, y no ha visto aún á Segismundo. Pregunta en vano por él: todos los oídos están sordos á su voz, todos los labios están mudos. «¡Dios mio! ¡Dios mio!» exclama: y tirando con violencia de su espada, «véngame, dice, véngame, mi buena espada; no has de volver al cinto hasta que vea saltar á chorros por tu empuñadura la sangre de Clotilde y Clodoveo».—«Cierra tus labios, impío, dice un anciano desde el umbral: he aquí las palabras de tu hijo que anda errante por la tierra: «La voz del remordimiento me ha arrancado de tu palacio: deja la corona de Borgoña; llevas en ella el recuerdo de tu crimen.

Cambia como yo el trono por la soledad del desierto; sólo la oracion puede lavar las manchas de tu espíritu. En tanto que luchas con tus pasiones para hacer este sacrificio, deja que ruegue por tí tu desventurado hijo Segismundo.»—«¡Oh! replicó el rey: he aquí lo que han hecho de mi hijo las mentirosas palabras de Clotilde. Vosotros, todos los que contempláis mudos é impasibles mi desgracia; id y removed las entrañas de la tierra y arrancad de ellas á mi hijo. Temed mi cólera si ninguno de vosotros logra traerle á los ojos de su padre».

Pasan días y meses y años: Gondebando sigue lamentando en vano la pérdida de Segismundo: Segismundo sigue rogando en vano á Dios para que toque el corazón de Gondebando. Los servidores de Gondebando recorren la tierra de septentrion á mediodía y de oriente á occidente: sondan los abismos de los montes, entran en los bosques más sombríos, penetran con peligro de su vida en las cuevas y en las grutas más horribles. Arrostran el calor, el frío, la fatiga, el hambre, la sed, la muerte: luchan con bandidos, con fieras, con las borrascas y las tempestades. En tan interminable viaje muere uno en las arenas del desierto; busca otro patria donde no le alcance la cólera del príncipe, sucumbe aquél peleando, encuentra éste su tumba en un precipicio; y ninguno puede restituir al hijo á los brazos de su padre. Gondebando, en tanto, fijo en la idea de hacer exclusivamente suya la Borgoña, invade el territorio del último de sus hermanos, cómplice en su fratricidio; le vence y le pasa sin piedad por el filo de su espada. Lleno de orgullo, no retrocede ni ante las armas de Clodoveo y Teodorico; la embriaguez de la venganza le arroja como una fúria entre las armas de los visogodos y los francos; y corona aún el triunfo sus banderas. «¡Oh! exclama él al volver del campo de batalla, he aquí mi trono: ¿dónde está mi hijo?»

Un águila agita entonces sus alas sobre su cabeza, y vuela hacia el mediodía. Cree ver en este suceso un rayo de esperanza: deja la Borgoña y parte cubierto aun con el polvo del combate. Hoy tramonta un cerro, mañana otro: de noche, de día camina sin cesar en busca de Segismundo. Alcanza apenas una cumbre, y ve ya al águila sentada en otra cumbre mas lejana. Amanece en aquella y anochezará quizás en esta.

)Se continuará.)

Imp. Cervantes, Escudillers, 76.-Barcelona